

sistemas de estratificación social, y poder así apreciar cómo se produce la evolución social. No podía faltar en este trabajo sociológico una referencia al marxismo hecha con total objetividad; y su prolongación en las referencias a Ossowski, con su concepción más desarrollada y compleja acerca del tema de las clases sociales, de su interacción y de su evolución. Resulta también muy acertada la aceptación que se hace en el libro del concepto de trabajador de la clase media preconizado por Lockwood.

Por supuesto que el cuestionario que sirve de base a las encuestas realizadas, y el material de trabajo complementario, merecen destacarse por lo completos y bien orientados.

Son tantos los problemas que aborda este libro, y que harán reflexionar a cualquier lector preocupado por la evolución social del país, que me limitaré a subrayar algunos solamente. En nuestro país se está dando una transformación de la clase obrera que es preciso analizar objetivamente y tenerla en cuenta a la hora de hacer afirmaciones ideológicas o especulativas. Del mismo modo, es necesario basarse en el incremento del factor no-manual en el trabajador.

Otros puntos de reflexión importantes se desprenden de este libro, y que hasta ahora no habían merecido atención, se deducen de esta encuesta centrada, para acotar mejor el terreno sociológico, en el conflicto y conciencia de clases entre los empleados de Banca, que es la base de estudio del libro. En él vemos cómo hay una correlación entre el aumento de la renta «per cápita» y el aumento de los empleados de oficina. En este mundo de los empleados de Banca se nota, a través de la encuesta, una reacción en contra a ser considerado el empleado como obrero, reacción mucho más fuerte que la posible

oposición que haya en él al régimen capitalista. Muy interesantes los datos sobre los ingresos del empleado individual y del empleado con familia, y su mayor nivel respecto a otros tipos de empleados en general. Otro factor desvelado en este estudio es el afán de seguridad económica de la mayoría de estos empleados, siendo más importante este deseo de seguridad que el afán de ganar más en otros sectores. También es muy interesante el descubrimiento de la insatisfacción general que se detecta en este tipo de empleado por su trabajo, sólo comparable a la insatisfacción que existe en Francia, más que en otros países del extranjero, y también el grado de insatisfacción existente según las ideas políticas más o menos inclinadas al socialismo. Otro dato de interés que se deduce es la mayor inclinación a reivindicaciones laborales que a verdaderos cambios de estructura política general en este grupo social.

Con esto doy una idea de la importancia práctica de estudios como el que se contiene en este libro, que abrirá cauces a un mejor conocimiento de los problemas y evolución social

de nuestro país. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

## Lombroso, en España

A finales del siglo XIX florece el que pudiera llamarse «momento elisabethiano del mito del delincuente en la sociedad europea». Por aquella época el delito era aún «privado, individual y artesanal», en contraste, por una parte, con la taylorización del crimen a que se llegaría más tarde en los años dorados del «gangsterismo», y, por otra, con la «expropiación del crimen y la brutalidad por el poder público».

Es algo antes de esos años finiseculares cuando Cesare Lombroso publica su obra «L'uomo delinquente», lanzando la que sería famosa teoría del criminal nato (intuida por él en 1870 al observar una anomalía en el hueso occipital de un bandido calabrés llamado Vilella). La repercusión de esta teoría en España es tema principal del breve e interesante ensayo de Luis Maristany titulado «El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y un siglo en España)» (1), al que pertenece

(1) Cuadernos Anagrama, serie Documentos, número 46. Barcelona, 1973.

cen las frases entrecuilladas anteriormente.

Las ideas de Lombroso (cruce de la frenología —con sus estudios de «correspondencia entre la constitución cerebral y la conducta»— y la psiquiatría) tuvieron auge en España durante diez años: de 1888 a 1898. Llegaban en un momento de grandes crímenes y procesos, encontrando, por tanto, adecuado caldo de cultivo para su enraizamiento. Con oportunidad, cita el autor un largo texto de Baroja («en su vacilante papel —dice— de centinela y enterrador de los mitos populares decimonónicos»), donde el novelista enumera célebres crímenes individuales ocurridos en la bisagra de los dos siglos. Al final de la relación, Baroja dirá: «Colaboraban en esta expectación las teorías de los criminalistas y de su ciencia, más o menos fantástica, que habían inventado Lombroso y sus colaboradores italianos. En todas partes había un pequeño Lombroso. En Madrid era el doctor Salillas».

Una conferencia de Rafael Salillas en el Ateneo de Madrid (1888) y un libro de Dorado Montero (1889) introdujeron las teorías lombrosianas en España, que encontrarían luego una revista para su di-

fusión en «La Nueva Ciencia Jurídica». Estas teorías tuvieron pronto aplicación política en contra de los anarquistas (vistos, poco más o menos, como delincuentes natos) y en España las atacaron por eso Federico Urales y Ricardo Mella. Este último, de manera contundente, llamaría a Salillas «pequeño César de la antropología» a propósito de sus glosas lombrosianas a los sucesos anarquistas de Jerez, historiadados posteriormente por Bernaldo de Quirós (2), quien, por cierto, relató también el impacto lombrosiano en España. Mella, en su refutación, escribía: «Las deformidades físicas, así internas como externas, no son exclusivas de una categoría determinada de hombres. Abundan, por el contrario, y son comunes a los pueblos retardados, a los que degeneran lentamente por la fatiga de un trabajo excesivo y a la multitud indefensa que la concurrencia social arroja del banquete de la vida. No pueden, pues, tales deformidades corresponder a una nativa criminalidad, si-

(2) «El espartaquismo agrario andaluz», C. Bernaldo de Quirós, Biblioteca de la «Revista General de Legislación y Jurisprudencia», volumen XVIII, Editorial Reus, Madrid, 1919.

no que responden y son la consecuencia próxima o remota de una organización social viciosa, absurda e injusta».

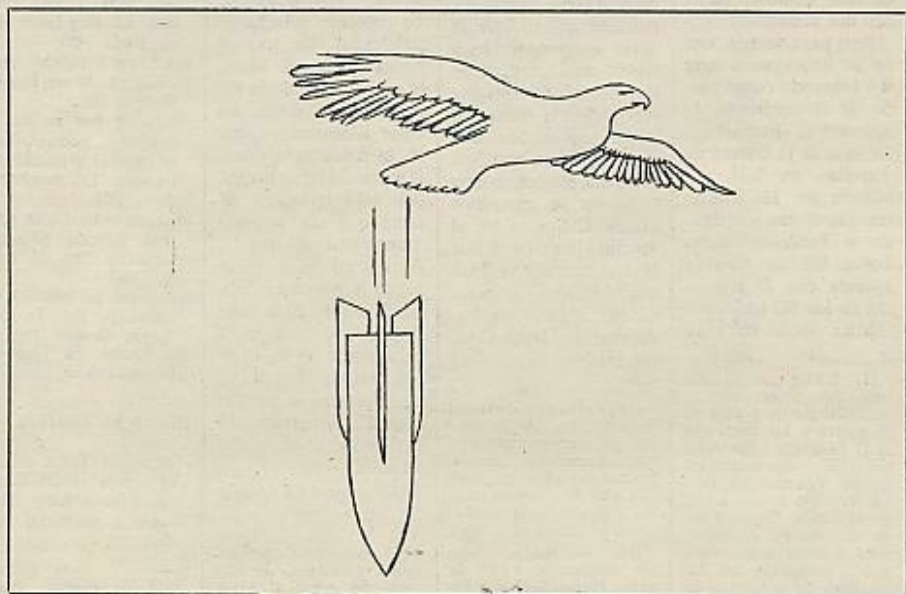
Maristany acaba su ensayo con un apéndice sobre el paso de las teorías de antropología criminal por la novela, fundamentalmente en Palacio Valdés y en la Pardo Bazán. De la generación siguiente (el 98) fue, a su juicio, Baroja el más interesado por estos temas. Baroja, en los años del doctorado en Medicina, asistió a cursos de la materia y, más tarde, en «La busca», presentaría tipos en los que acaso pudiera rastrear una recreación novelesca del crimen nato. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## TEATRO

### La Muestra puertorriqueña

Cuando en noviembre del 72 seguía desde Nueva York las elecciones norteamericanas, Puerto Rico parecía un oscuro rincón en vías de convertirse en una estrella más de la poderosa bandera. Allí estaban los miles y miles de puertorriqueños de Harlem soportando la miseria económica, el desprecio racial y la pesadilla del «spanglish», mezcla deforme del inglés y el castellano.

—Mi brother...  
Cierco que conocía algunas obras de René Marques, una de las cuales, «La carreta», montó Claudio de la Torre hace años en el María Guerrero. Y había leído la expresiva versión latinoamericana de «Antígona» —Antígona Pérez— del puertorriqueño Luis Rafael Sánchez. Pero la imagen de la literatura de



aquel país —pese a los esfuerzos de revistas como «Asomante», de Nilitas Vientos— se diluía bajo la imagen colonial. ¿No había ganado las elecciones del 68 el grupo que predica la anexión de Puerto Rico a los Estados Unidos? ¿No había colocado dicho grupo anexionista una placa en el aeropuerto de San Juan donde, en correctísimo inglés, se declaraba que la capital de Puerto Rico era la más vieja ciudad de los Estados Unidos?

Todas estas impresiones, sacadas a distancia, han sido rápidamente desbaratadas por la confrontación directa con la realidad de Puerto Rico. Sobre el «status político» que conviene al país hay, ciertamente, divergencias, que van desde el deseo de que Puerto Rico sea uno más entre los Estados Unidos a considerar inaplazable su total independencia. En cambio, en el campo literario, y, por tanto, a la hora de considerar la lengua que corresponde a su teatro, la unanimidad —a la vista de los resultados— es absoluta. El idioma de Puerto Rico es el castellano, y en él se expresa el pueblo y se formula la cultura. No existe literatura puertorriqueña en inglés, aunque la emigración a Nueva York —casi una tercera parte de la población puertorriqueña está hoy en los Estados Unidos— y la necesidad que esa emigración tiene de utilizar el inglés, comience a crear serios problemas.

En todo caso, y ese es uno de los escasos motivos de orgullo que se respiran entre los muchos que andan agobiados por el «complejo colonial», la defensa del castellano, el hecho de que siga siendo el idioma del país —muchos saben inglés y fingen no saberlo para evitar confusiones políticas—, es esgrimido con frecuencia como una prueba de «afirmación nacional». Francisco Arrivi, dramaturgo y autor de un libro titulado «Conciencia puer-

torriqueña del teatro contemporáneo», fija en los primeros años cuarenta la puesta en marcha del proceso de creación de un teatro profundamente nacional. El camino hecho desde aquella fecha a la reciente Muestra de Teatro Mundial —que es la que me ha llevado a Puerto Rico— es la evidencia de que ese proceso existe.

Ya no basta encerrarse en una torre para llorar y denostar, con buena literatura, a cuenta de las desventuras de Puerto Rico. Si el teatro ha sido un instrumento importante de la lucha contra la colonización cultural, hoy se le exige que abandone el papel de bastión de resistencia y se convierta en un elemento activo de la concienciación y transformación nacionales.

He visto en la muestra puertorriqueña tres espectáculos nacionales y he asistido a numerosos debates altamente reveladores. Incluso la ausencia, el despegue de algunos «monstruos sagrados» —como los citados Arrivi y Marques— es una prueba del cambio que va relegando, dejando atrás, a quienes fueron antaño combatientes de vanguardia.

La Muestra —atendiendo a los sectores que participaron decididamente en ella— evidencia dos planteamientos fundamentales: uno, el rescate de la latinoamericanidad de Puerto Rico, la contemplación de sus problemas específicos dentro del discurso general de América Latina. Otro, la superación del nacionalismo romántico, del simple ideal de soberanía, para ligar tales conceptos al análisis y transformación social de Puerto Rico. En otras palabras, implicar entre sí el «status» social y el «status» político.

En «La descomposición de César Sánchez», de Walter Rodríguez, se estudiaba el comportamiento de un estudiante universitario, devorado por un gestualismo «revolucionario» to-

talmente inoperante. El personaje, encuadrado dentro de una serie de instituciones, buscaba falsas salidas que no hacían sino acentuar su descomposición. El drama, cargado del vitalismo de la literatura confesional, era una evitación amarga de las trampas y satisfacciones que un sistema ofrece a sus rebeldes. Otra obra, «Pipo Subway no sabe reír», de Carrero, presentada por el grupo Anamú en su nueva y pequeñísima sala, era un cuadro de costumbres, un sainete crítico y amargo de la vida de los puertorriqueños de Nueva York. El tercer espectáculo, «Línea viva», era una revista política, que pasaba repaso, con referencias directísimas, a una serie de hechos de la vida de Puerto Rico.

No deja de ser interesante señalar que un cuarto grupo puertorriqueño presentó «Proceso a la sombra de un burro», de Dürrenmatt, y que una buena parte del público se rebeló contra las tesis del suizo, contra su prédica indiscriminada contra cualquier posición política, confundidas las imágenes igualmente imbéciles de sus deformaciones demagógicas con el distinto valor y alcance de sus formulaciones correctas. La obra de Dürrenmatt puede ser tomada como una invitación más al pesimismo y a la inmovilidad. Y eso, a fin de cuentas, tanto en Puerto Rico como en cualquier otra parte, es un acto de flagrante hipocresía, en la medida en que la parálisis también es una expresión explícita, interesada y comprometida de una posición política. ■

JOSE MONLEON.

**«Canción para un atardecer»**

Nuestra comunicante, Montserrat Julió Nonnel, asidua lectora de TRIUNFO, señala el error cometido en el comentario «Canción para un atardecer» (número 513), donde se situaba en los años veinte la obra de Noel Coward, estrenada en Londres en 1966.

**«Anillos para una dama»**

El teatro de Antonio Gala ha venido perfilándose, a lo largo de sus cuatro estrenos y pica —«Los verdes campos del Edén», «El sol en el hormiguero», «Noviembre y un poco de yerba», «Los buenos días perdidos» y una pieza de café-teatro—, como una obra que se debate entre la profundización que necesita cualquier intento de analizar la peculiar situación histórica de nuestra España presente (intento que, a partir del segundo título, se presenta en su teatro como una premisa fundamental) y la facilidad chistográfica que hace de Gala uno de los hombres más agudos e ingeniosos de nuestro teatro. El problema para Antonio Gala consiste en saber medir sus posibilidades sin dejar nunca que el ingenio limite el rigor o que éste aparezca convertido en ladrillo imsericorde. En una combinación acertada, que sacrifique el chiste por la agudeza crítica y el rigor analítico por la eficacia expresiva, se encuentran las mejores perspectivas de nuestro autor. Quizá sea «Los buenos días perdidos» la obra que, por el momento, se ha acercado más al logro definitivo de sus posibilidades.

Gala, por otra parte, es un poeta. Un hombre que concibe la expresión artística como una explosión de la belleza conceptual, en la que la abstracción de unos términos (la esperanza, el amor...) puede convertirse en estiletos de precisión, en agudas armas de combate que den a sus textos la amplitud derivada de una consideración conjunta de los condicionantes históricos y psicológicos del hombre. El teatro de Antonio Gala, en su planificación teórica, es uno de los más ambiciosos que el teatro español haya conocido. En el caso de «Los buenos días perdidos», esa am-

**ALIANZA UNIVERSIDAD**

**HISTORIA DE ESPAÑA ALFAGUARA**

Angel Cabo, Marcelo Vigil  
**I Condicionamientos geográficos. Edad Antigua**  
A. U. 37

J. A. García de Cortazar  
**II La época medieval**  
A. U. 40

Antonio Domínguez Ortiz  
**III El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias**  
A. U. 42

Gonzalo Anes  
**\*IV El Antiguo Régimen: Los Borbones**  
A. U. 44

Miguel Artola  
**V La burguesía revolucionaria**  
A. U. 46

Miguel Martínez Cuadrado  
**\*VI La burguesía conservadora**  
A. U. 49

Ramón Tamames  
**VII La República. La era de Franco**  
A. U. 51

\*EN PRENSA

260 PTAS. VOLUMEN

**ALIANZA EDITORIAL**